

## DOCE CLAVELES

Aquella mañana me levanté temprano. Me esperaba un día muy largo y no tenía minutos que posponer en la alarma que, cuidadosamente, había programado la noche anterior. Me levanté ilusionado y me duché con agua muy caliente.

Fuera hacía frío, aunque ya estaba empezando a amanecer.

Mis hermanos pequeños seguían dormidos. Siempre dormían hasta tarde los sábados. Mi madre también seguía en la cama. No le había comentado que pasaría el día fuera, así que le escribí una nota que dejé en la mesa de la cocina. Decía: “Volveré para cenar. Estoy bien. Santi.” Agarré la lista con todas las cosas que tenía que hacer y salí de casa.

Lo primero que hice fue ir a la estación de tren. Allí cogí un cercanías que, en cuarenta minutos, me llevó hasta la sierra de Madrid. Cuando llegué a Guadarrama ya había amanecido. Hacía un día soleado pero muy frío. Poco a poco, fueron llegando algunas familias que, como yo, habían madrugado para aprovechar el día en el campo.

Un cartel a la entrada del aparcamiento informaba de las distintas rutas que podían seguir los senderistas teniendo en cuenta la duración y la dureza del camino. Yo no necesité mirar el cartel y empecé a caminar por la ruta A11 que me llevaría hasta el punto más alto del valle, un lugar desde el que se veía toda la sierra. Un lugar por el que merecía la pena caminar dos horas y media. Aunque he de admitir

que me costó más de lo que esperaba pero, tras mucho resoplar, llegué arriba, tomé aire, disfruté de la vista y miré al cielo. Saqué la lista con las cosas que tenía que hacer y taché la primera línea: *SUBIR LA BOLA DEL MUNDO*. Abrí una lata de refresco y bebí un buen trago, como de anuncio. Tenía sed y necesitaba azúcar para seguir tachando líneas de la lista que me había propuesto liquidar en un día que se avecinaba intenso, duro y feliz.

Tras disfrutar un rato de la panorámica, bajé campo a través hasta un pequeño pueblo situado en lo más hondo del valle, junto al río. Algunos vecinos charlaban en corro a la salida de misa y unos niños jugaban con un balón en el frontón. Me dirigí a un restaurante en el centro del pueblo. Se llamaba *El mesón de la Euge*. Me sentaron en una mesa al fondo de un pequeño comedor. Me entregaron la carta donde aparecían las diferentes opciones, pero yo tenía muy claro qué pedir. Había estado allí muchas veces antes.

-Voy a tomar las migas, por favor

-Perfecto, una de migas, ¿espera a alguien más?

-No. Voy a comer yo solo.

Eran las doce y media así que el restaurante aún estaba medio vacío. Me trajeron rápidamente las migas. Estaban muy ricas pero no pude acabarlas. Al parecer, no quedó demasiado claro que iba a comer solo y me trajeron comida como para tres o cuatro comensales. Cuando el encargado, un señor mayor muy simpático, se acercó a mi mesa para entregarme la cuenta me preguntó:

-¿no serás tu Santi?

-Sí

-Hombre, chaval, pero si no te había reconocido. ¡Estás hecho todo un hombrecillo!

Yo no sabía qué responder. No esperaba que me reconocieran después de tanto tiempo sin ir a comer allí.

-Y cómo es que estás tú aquí solo, ¿dónde está tu familia? –preguntó justo antes de cambiar el gesto y recordar algo importante, –¿qué tal está tu padre? No me lo preguntó con mala intención. Yo solo sonreí, pagué la cuenta y me marché. Al salir taché de la lista la segunda línea: COMER MIGAS EN “*El Mesón de la Euge*”. Volví a la estación de tren y esperé media hora un tren de cercanías que me llevara de vuelta a Madrid. El tren venía con retraso. Iba a tener que darme prisa para poder cumplir el siguiente punto de la lista: UNA PELI DE WOODY ALLEN DESPUÉS DE COMER.

Todo estaba saliendo según lo previsto. Yo mantenía la ilusión aunque, de vuelta en el cercanías, me asaltó la pena y la nostalgia estuvo a punto de jugarme una mala pasada. Recordar no es fácil, a veces duele y, por eso mismo, debía seguir cumpliendo cada uno de los puntos de aquella lista.

Eran las cuatro de la tarde y yo estaba en la puerta de los cines *Ideal* comprando una entrada para la última peli de Woody Allen. Trataba sobre una mentalista francesa que psicoanaliza a un escritor norteamericano. El argumento no me atraía demasiado pero he de admitir que me gustó y me prometí darle una oportunidad a las películas anteriores del director, Woody Allen, el cineasta favorito de mi padre.

Él se había visto todas sus películas e, incluso, se sabía diálogos enteros de algunas de ellas. Siempre me decía que, en sus años de universidad, consiguió una primera cita con mi madre invitándola al cine a ver el estreno de *Hannah y sus hermanas*. Siempre me decía: “tú estás aquí gracias a Woody Allen”. Y para recordárnoslo, a mis hermanos y a mi, teníamos colgado en el salón el cartel original de la película *Annie Hall*.

Salí del cine cerca de las seis de la tarde. Taché la tercera línea de la lista y me dispuse a seguir. Ya sólo quedaban dos puntos.

Tenía una hora para llegar al siguiente lugar así que decidí tomarme un café. Pese a que la película me había gustado, me había dejado un poco adormilado; no es fácil meterse al cine tras comerte dos platos de migas.

Después cogí el metro que me llevó hasta el barrio de San Blas. No estaba muy seguro de estar siguiendo el trayecto correcto hasta que se subieron al vagón centenares de personas vestidas de rojiblanco. Iba bien, en menos de una hora jugaba el Atleti. Yo aún no había ido al estadio nuevo pero me habían dicho que era espectacular. Y lo es, aunque personalmente me encontraba muy unido al antiguo, al Calderón. Mi padre me hizo socio del Atlético de Madrid con tres años. Desde entonces, iba con él todos los domingos al estadio a animar, gritar, sufrir y, últimamente, a ganar.

No sabía muy bien qué sentir cuando vi el nuevo estadio. Me parecía increíble, grande y moderno; pero, al mismo tiempo, me dolía pensar que no volvería con mi

padre al Calderón. Como ya me había pasado antes en el tren, sentí algo de tristeza al recordar. Aunque esta se fue rápidamente, en cuanto empezó el partido y la afición se puso a animar. Ganamos el partido. Ese año estábamos imparables, parecíamos invencibles.

Cuando salí del estadio ya había anochecido. Mi madre estaría preocupada así que, sin que el árbitro hubiera pitado todavía el final, yo me dirigí al metro para volver a casa. Saqué la lista y taché: *IR A VER AL ATLETI AL CALDERÓN*. Ya había tachado antes la parte de *AL CALDERÓN*, dejando el deseo en un, más sencillo, *IR A VER AL ATLETI*.

Observé que la lista, vieja y arrugada, aún contenía una última línea por tachar. En ella decía: *COMPRAR FLORES A MAMÁ*. Tecleé en el móvil tratando de buscar una floristería que estuviera abierta a esas horas. Sólo me salían un par: una en Coslada y otra en Príncipe Pío. Decidí ir a esta última.

Era una floristería de barrio, bastante descuidada y desorganizada. Había charcos de agua por toda la tienda y muchas de las flores parecían a punto de morir. Pensé que debería haber empezado el día por las flores y no haberlo dejado para tan tarde. Me atendió un dependiente chino.

-Hola, buenas tardes. Quería llevarme un ramo de flores.

-¿qué tipo? –me respondió el empleado.

-No sé –respondí dubitativo mientras observaba el mostrador donde tenía flores de distintos colores. El dependiente trató de ayudarme.

-¿*pala* quién son?

-Para mi madre

-¿de tu *palte*?

-No. Son de parte de mi padre.

-Ajá –dijo el chino echándose la mano a la barbilla en actitud pensativa. –  
¿*celeblan anivelsario?*, *porque* los claveles se venden mucho para los *anivelsalios*.  
Yo me quedé pensando y, de un segundo a otro, el mundo se me vino encima como una montaña de claveles.

-No celebramos nada. Es que hoy justo hace un año que murió mi padre. –  
dije, decidido, como si llevara todo el día deseando contarle a alguien que mi padre no estaba, que había muerto. –Y quiere que le compre flores a mi madre. Ósea no es que se me haya aparecido y me lo haya dicho. Lo dejó escrito en esta carta con una lista de cosas que quiso que yo hiciera cuando él...–no pude acabar esa frase.  
El dependiente chino se quedó paralizado ante la confesión que yo, un total desconocido, acababa de hacerle al intentar decidir qué flores comprar. Era obvio que no estaba muy habituado a expresar emociones. Se quedó quieto, sin parpadear, sin saber qué contestarme. Sólo agarró un ramo con once claveles blancos y uno rojo. Las flores estaban como escondidas detrás del mostrador. Presentaban mucho mejor aspecto que las que vendían a los clientes.

-Toma estas *floles*. En mi país regalamos doce claveles cuando se muele algún *miembro* de la familia. Cada mes del año quitamos un clavel del *lamo* y lo

lanzamos al *mal*. Así, cuando ha pasado un año *entelo*, dejamos fuera el *dolol* y nos quedamos con el *lecueldo* del sel quelido.

Quise pagarle las flores, pero no me dejó. Insistió en que me las llevara, que las necesitaba y que me iban a ayudar a curarme. Le di las gracias y me marché.

Ya se me habían hecho casi las diez de la noche. Mi madre estaría preocupada. Yo estaba muy cansado, había sido un día muy intenso. A ratos doloroso y a ratos curativo. Volví a casa con el ramo de flores en la mano y mis hermanos salieron a abrazarme en cuanto abrí la puerta. También estaban preocupados. Al final del pasillo apareció mi madre que, enfadada por no haber dado señales de vida en todo el día, se dirigió hacia mi dando gritos. Entonces, le mostré el ramo de flores.

-Son de papá –le dije

Mi madre dejó de gritar y, junto a mis hermanos, nos dimos un abrazo. Después nos pusimos a cenar. Comimos huevos revueltos con gulas y les conté todo lo que había hecho ese día. Juntos recordamos los fines de semana que íbamos a pasar a la sierra. Nos dimos cuenta que no habíamos vuelto desde que papá se fue. Tampoco habíamos vuelto a comer migas a aquel restaurante al que tanto íbamos ni a ver jugar al Atleti. Habíamos dejado de hacer muchas cosas que antes nos hacían muy felices. Y por eso, mi padre escribió esa carta antes de irse. Esa carta que decía en su reverso: “Santi. Quiero que hagáis todas estas cosas cuando yo ya no esté. A mi me hacían muy feliz. Estoy seguro de que a ti, a tus hermanos y a mamá, también os ayudarán a serlo. Os quiere. Papá.”

Miré la carta justo antes de irme a dormir. Taché la última línea y sonreí. Había sido un buen día, que ponía fin a un mal año.

Al día siguiente, volví a levantarme temprano pero esta vez mi madre y mis hermanos también estaban despiertos. Teníamos algo que hacer todos juntos.

Nos montamos en el coche y nos dirigimos a las afueras de Madrid.

Llegamos al cementerio cinco minutos antes de que abriera, así que esperamos en la puerta sin decir nada. Después fuimos hasta la tumba de mi padre. Nos colocamos frente a ella y guardamos silencio. Nos dolía. Papá no querría vernos así. Mi madre cogió el ramo de flores y lo dejó en el césped. Nos abrazamos, nos despedimos de mi padre y volvimos a casa.

El tiempo se fue llevando cada uno de esos doce claveles, arrancando el dolor y dejándonos el recuerdo de papá; tal y como me había anunciado el dependiente chino.

Han ido pasando los días y hemos vuelto a caminar, a ir al campo y al cine. Hemos seguido nuestras vidas o, por lo menos, nuestras vidas han seguido. Y aquí estamos, tratando de acabar unas migas que a ti te encantaban, tachando líneas de esa carta que nos dejaste para que, te fueras a donde te fueras, estuvieras seguro de que nosotros, algún día, lograríamos volver a ser felices.

Hoy, después de muchos días, por fin lo hemos logrado

